



ANDRÉS ELOY BLANCO

68

MAIVINA

RECOBRADA

(LA ELEFANTA)

37

EDITORIAL ELITE

MALVINA RECOBRADA

B6414

ANDRES ELOY BLANCO, 1899-

MALVINA RECOBRADA

LIBERACION - SIEMBRA



COOPERATIVA DE ARTES GRAFICAS • CARACAS - 1937

MALVINA
RIGORADA
GEMETA



Printed in Venezuela.
Impreso en Venezuela.

MALVINA RECOBRADA
(LA ELEFANTA)

Esta es la historia de una tierra que no sabía odiar.

La ofrezco a los marineros de los barcos mercantes, que poseen todas las costas y aman en todos los puertos.

A. E. B.

PROLOGO

*(Carta de un hombre del
pueblo, que fué marinero de
balandra).*

La Guayra, marzo 1934.
Señor Don Andrés Eloy Blanco
Caracas.

Don Andrés: Le devuelvo con mucha gratitud el librito que me prestó. Como usted quiere yo le diga lo que saqué del, le digo que soy un juanbinba (1) y de poca escuela pero a lo que me da lo mio esa elefanta se refiere a Venezuela o sea la America de el sur descubierta por los españoles y arriada de todo mandón que la tocó gobernarla. pues ella no se hizo nunca pago de los daños que le hicieron y mas antes bien perdonó todo lo que le hicieron y muy jenerosa con todos, que le digo don Andrés que es una cosa muy grande que me a imprecionado mucho. Sin mas y con mis gracias deste come pescado le quedo en todo a su mandar

(F) *Eladio Rojas.*

(1). *Eladio Rojas* fué uno de los primeros en leer "Baedker 2.000" y en sus conversaciones con el autor se proclamó siempre encarnación del Juan Bimba. Preso durante cinco años en las carreteras de Oriente, murió en Miquetía con los riñones deshechos por dos palizas sufridas durante el cautiverio.

*"Tuya es Lavinia. No vayan
más allá tus rencores".*

Eneida.

I

Descubrieron a Malvina, la Elefanta, un día de octubre, junto al río con chopos. No parecía élla beber del río, sino el río beber de élla, grande, como una nube.

El que la descubrió se la vendió a un alemán. La arrendó, como a un cerro de cultivo. El alemán no pudo con ella; la devolvió al descubridor, que era español. El español la dejó sola. La elefanta empezó a caminar.

M a l v i n a R e c o b r a d a

11

¿Cómo fué eso de llegar al Circo? Por maravilla, casi. Pues, vino a acontecer que la elefanta, abandonada por el español, volvió a los bosques. Pero en ellos hallóse entorpecida y vaga. ¿Pequeña? ¿Grande? Quién sabe!

Olvidada tenía toda su ciencia de la selva. Por eso anduvo enmalecida, con la trompa colgante, como manga de manco. Y así, trompicaída, vagó, hasta que un día la elefanta fué a buscar al español.

Lo encontró en su casa, lo cogió por un brazo y se lo echó al lomo. Y ocurrió que la elefanta apenas podía con el español.

Á n d r é s E l o y B l a n c o

Acertó a pasar un Circo de fieras y trampolines y el español llamó al Director y le vendió la elefanta.

M a l v i n a R e c o b r a d a

III

Lo que pasó en el Circo cuando llegó la elefanta, fué para sentir miedo. En el plano de las cosas del Circo, donde todo era tan raso, brotó de pronto ella, como una catástrofe. Las cosas sintieron un vértigo; los animales se encontraron apretados y los payasos sufrieron el cansancio de un próximo camino empinado y resbaladizo. El Circo creció hacia arriba.

Por cierto que todo se complicó en un gran suceso: Había en el Circo una pecera con peces amaestrados y una caja con ratas domesticadas. La elefanta, todavía inexperta en la vida de la naturaleza, metió la trompa en la pecera y se chupó

A n d r é s E l o y B l a n c o

toda el agua; después disparó el chorro en la caja de las ratas. Las ratas murieron ahogadas de agua; los peces murieron ahogados de aire.

Con lo que ni la elefanta, ni los peces ni las ratas estuvieron suficientemente amaestrados.



M a l v i n a R e c o b r a d a

IV

Se trataba de amaestrarla. Ante todo, la bautizaron. Y desde entonces la han llamado Malvina.

Lo que salió muy bien fué el número de los trapecistas. Ella los tomaba con la trompa y los subía al trapecio. Hacían sus maromas y ella los apeaba.

Pero ocurrió que un trapecista quiso una vez quedarse arriba, a pesar de haber pasado ya su turno. Quería descansar allí, balanceándose. La elefanta cogió todo el trapecio y lo arrancó. Cuando puso el trapecio en el suelo, ya el trapecista había llegado abajo y se había quedado tieso.

V

También fué muy curioso el salvar a Retoño. Retoño era la bailarina.

Fué en un ensayo. Estaba armada la escalera niquelada del japonés. Retoño, que era un cohete, fué y se metió a saltar sobre los trastos. El japonés la echó con unos chillidos de rata pisada. Pero Retoño era una chispa y no hizo caso. Sacó la lengua de un modo increíble, como si echara una remolacha y subió por la escalera. Fué subiendo hasta las últimas traviesas, cuando el japonés le gritó:

—Te veo las piernas! Eh! Se te ven los muslos! Te veo el vientre, sinvergüenza!



M a l v i n a R e c o b r a d a

Retoño se inclinó para sacar la lengua y perdió el sostén. Cayó como un confetti. No venía para abajo como las cosas graves, sino en un viaje lento, lleno de aérea vaguedad.

Así fué que la elefanta pudo llegar a tiempo y la atrapó con la trompa.

Después, se llevó a Retoño, que se retorció como un escarabajo y reía lindamente enseñándole la lengua al japonés.

VI

Coincidió aquél suceso con la pérdida de la pulga Teodora.

Tenía el Director del Circo un hermoso nombre: Teodoro; y una maravillosa pulga: Teodora.

Era una pulga amaestrada. Una cosa que se cuenta y no se cree. Yo conocí una pulga vestida en el Museo de Santander; pero esa, comparada con Teodora, no era ni una pulga. Casi hablaba. O, mejor dicho, hablaba. Lo que pasa es que la voz de una pulga no se puede oír así nomás. Además, le hicieron ropas; y pantaletas, pero pantaletas. Se veía como se ve una mujer y como se ve una pulga.

M a l v i n a R e c o b r a d a

Con decir que el Director—Teodoro—cifró en ella todas sus esperanzas; y hasta le dió su hermoso nombre.

Teodora se exhibiría; el público pagaría para ver a Teodora pasear y contonearse. Y la oirían hablar; algunos, al menos; los demás dirían que la oían también, porque nadie querría pasar por sordo. La moda sería oírla.

Teodoro esperaba, ciegamente confiado, el gran día de Teodora. Pero, llegó un mal día y Teodora desapareció. Dejaron abierta la caja y ella saltó. Como Retoño, era una chispa. Su desaparición fué como si al Director le hubieran dejado caer a la elefanta en la boca del estómago. Un duelo. Teodora era la mina de plata. Y el público la esperaba para descubrirla.

VII

Y ocurrió algo extraordinario. Desde que desapareció la pulga, empezó el Director, Teodoro, a darse cuenta de lo grande que era la elefanta. La veía estorbosa, inmensamente cara, gastiva, absurda, desesperadamente consumidora de espacio. Pensar en ella no dejaba sitio para pensar en más.

Al perderse lo infinitamente pequeño Teodoro descubrió lo infinitamente grande.

M a l v i n a R e c o b r a d a

VIII

Así fué que durante muchos días, apareció en todos los periódicos del mundo, un anuncio enormemente llamativo, concebido en estos términos:

“Se ha perdido la pulga Teodora. El que la presente al Circo Teodoro, será espléndidamente gratificado. Viste falda plissee, zapatos blancos (traje de tennis). Atiende por su nombre”.

Era un anuncio enorme, como para no dejar que vieran a la pulga.

IX

Aquello fué una revolución. El extravío de la pulga puso a todos los ciudadanos a andar en cuatro patas. El renombre de Teodora, clamado por el Director, por su sastre, por el anuncio, por aquel religioso prestigio de sus trajes y de su voz, todo eso batió alas de águila. Veíase a los hombres entrar furtivamente a los urinarios públicos, conteniendo la respiración, como si temieran despertar a alguien. Era que sentían un leve escozor y creían llevar a Teodora en las ropas. Las alcobas eran campos de silenciosas batallas; escenarios de largas mudeces meterlinianas. Las mujeres se recorrían febrilmente y sus dedos iban con precaución

M a l v i n a R e c o b r a d a

policial. Y se oían finas voces llamar a la perdida:

—Teodora! Eh, Teodora! A que estás por meterte donde no debes!

O frases hipeadas con fogosas pausas:

—Así!... Así!... Ay, no aprietes tanto! Mira que si mataras a Teodora!...

Así estaban todos los hombres y todas las mujeres en busca de la mínima esperanza.

X

Y sucedió que, buscando todos a la pulga, fué como cayeron en fijarse en la elefanta. Como le pasaba a Teodoro, de ganas de encontrar a Teodora, vinieron a encontrar a Malvina. Les enardecía, les estorbaba.

Les pareció que no encontrarían a la pulga mientras la elefanta lo tapara todo.



Malvina Recobrada

XI

Todo fué cambiando. No era cosa de pasarse la vida en puntillas para no matar una pulga. Por fin al pueblo le entró cierto cansancio y readquirió su soltura y su conforme alegría; aunque, todavía, por las noches, las señoras se hacían escudriñar por los señores. Entre tanto, Teodoro procuraba consolarse amaestrando a Malvina. La hizo bailar. Malvina bailó. Aquel número daría la impresión de un movimiento sísmico. Y eso era lo que quería el Director para tener contento al pueblo; platos fuertes.

XII

Lo que estuvo a punto de volver loco al Director fué el pretender que la elefanta se arrodillara. Al principio fué una idea feliz: hacer que Malvina se pusiera de rodillas, de modo que el japonés saltara con un saltito chino. El cuchillero lanzaría sus cuchillos desde la cabezota erguida, como un fellah desde la frente de la Esfinge. Y el mismo Teodoro subiría a la elefanta para arengar al público. Aquello sería bíblico.

A sus discursos los llamaría: "El Sermón de la Montaña".

Malvina Recobrada

XIII

Pero, Malvina no se arrodillaba ni a tiros. Teodoro chillaba:

—Te voy a matar, manganzón!

Y le atizaba grandes golpes, como un niño que practicara el tennis contra un muro. Ella se estaba quieta.

Cuando más, parpadeaba, como si tuviera adentro dos viejas curiosas que abrieran furtivamente sus ventanas.

XIV

La pulga no aparecía. Llenó por algunas semanas la atención del mundo. La imaginación de los hombres se puso del tamaño de Teodora.

Pero al fin, todo recobró su tamaño normal. Las gentes volvieron al compás vertical. Y las manos subieron de nuevo hacia los gestos limpios.

XV

Asimismo, en el Circo, los artistas volvieron al ensayo. Al japonés fué al único a quien se le quedaron los ojitos pequeños, para buscar pulgas.

Los trapevistas volvieron los ojos al cielo. El hombre de la cuerda volvió a estrujar la pez rubia. El cuchillero volvió a lanzar sus cuchillos.

Y Retoño y el flechero indio, volvieron a amarse.

XVJ

Porque Retoño y el flechero indio se amaban.

Retoño apareció en el Circo una noche, recién nacida, como un bólido en una órbita. Y empezó a girar.

El flechero indio era un fuerte mozo de las selvas del Orinoco. No hablaba nunca a nadie. Sólo a Retoño contaba oscuras cosas de la selva y le susurraba un vago poema de teogonía cándida.

Sólo se sabía que Retoño le escuchaba en un pasmo, con la boca entreabierto y los grandes ojos oscuros cruzados de luces, como bosques poblados.

•XVII

Después, iban a su trabajo. Oté— el flechero indio— iba a lanzar sus flechas sobre blancos móviles; y Retoño— Pumé Nivé, la llamaba él— tejía extrañas danzas espaciosas, donde acaso había mucho de aquel vago poema de Oté, henchido de la infinita vida del Orinoco, infinita vida muerta.

Preguntaban a Retoño:

—¿Cómo tiene la voz el flechero?

Ella no respondía, pero entornaba los ojos como si los volviera hacia un inenarrable momento de liturgia selvática.

XVIII

Una vez habló Oté, el flechero. O casi habló. Fué detrás de unas bambalinas. Estaba allí Retoño esperando su turno para salir a la arena. Teodoro llegó de pronto a élla, la agarró fuertemente por la cintura y le habló con pasión. Retoño le puso un dedo en la nariz, sacó la lengua y le empujó. Entonces él le tomó un pecho y se lo apretó hasta hacerla llorar. Allí apareció Oté. Agarró a Teodoro por el pelo y le dijo:

—Oté matando hombre malo.

Huyó Teodoro y Oté tomó a Retoño en sus brazos. Quiso sobarle el pecho para apaciguárselo; pero se equivocó. Le sobó el otro.

Y Retoño se llenó de sonrisa.

Malvina Recobrada

XIX

Aquella noche, como quisieran Retoño y Oté salir al camino, que estaba metido bajo un plenilunio de leche, la elefanta se acercó a ellos y se arrodilló para tomarlos. Subieron y salieron al campo.

Estas cosas enardecían a Teodoro, que tan inútilmente luchara para que Malvina doblara las rodillas.

XX

Con todo, "les affaires sont les affaires", decía Teodoro. Por mucho que odiase a Malvina, había que ataviarla para las funciones que se aproximaban. No era cosa de ponerse a matarla sin resultados.

Hasta ahora, la muy pesada no había hecho otra cosa que recorrer las calles en los bandos... Pero ya se acercaba la hora de exhibirla. Y por lo pronto, se le hizo un traje.

Era un frontal de seda negra, en forma de escudo; bordura de plata; tres cheurones que evocarían las pirámides y tres perlas heráldicas. Era

M a l v i n a R e c o b r a d a

una gualdrapa roja, orillada de tisú, salpicada de motas blancas hechas con pechugas de pato. Era una antena dorada sobre el cerviguillo, coronada de plumas que recordarían la estampa "El Faraón dormido", donde Micerino o Romsés reposan bajo el vaivén de largos abanicos multicolores. Era un brazalete de oro en el colmillo izquierdo y un haz de cintas en el colmillo derecho. Era la elefanta, bajo los atavíos, un templete de feria baja la brisa.

XXI

Y fué cosa de verse, cuando la elefanta acertó a pasar frente al gran espejo de la Confitería de Mayer.

Detúvose de pronto y se miró largamente; alisó con la trompa la ancha gualdrapa roja. Luego echó a andar, oronda, feliz, por la calle que la veía pasar con un gran asombro de Carnaval en octubre...

Ella sentía que su enorme fuerza era lo que arrastraba a los chiquillos, tirando de ellos por hilillos de gusto.

M a l v i n a R e c o b r a d a

Hasta en la fuente de la Legislatura se gozó echando al aire un chorro de agua largo, alegre, irisado con mil iris, una calle embanderada en la clara mañana de una efemérides de abril.

XXII

Las voces tocan en los oídos como en puertas cerradas. Hay voces buenas; visitas de amigos. A la voz de Retoño se entreabría la oreja de Malvina. Toda ella se asomaba al aire de calle dominical de aquella voz.

Oyéndola amarse con Oté, aprendió a oír la elefanta.

La voz de Teodoro era una visita de cobro. Malvina quería darle con las orejas en las narices.

XXIII

Por cierto, una noche oyó Malvina el ruido de una disputa. No era el caso de cerrar las orejas; ni de abrirlas. Algo así como para abrir una y cerrar la otra. Porque discutían el Director y Retoño.

En los ojos de Teodoro vió Malvina una mala luz. Estaba cochino de sudor y requería con las manos bañadas de saltitos. Las manos de élla, en cambio, estaban quietas, una cogida a un palo, armada, la otra, sobre el pecho, escudando.

Cuando ya Teodoro iba a desarmarla, se presentó Malvina. El Director retrocedió. Entonces

Andrés Eloy Blanco

la elefanta se colocó entre los dos, mansa, inofensiva. Teodoro se sintió separado de Retoño por una cordillera. Era casi una ausencia, que lo hacía olvidar,



XXIV

Cierta noche, Malvina oyó hablar a Oté. Antes oyó a Retoño, quien leía un libro azaroso, bajo la luna intensa. Leía Retoño "La Eneida". Después Oté contó cosas análogas a las del libro, vividas por un pueblo desamparado de sus dioses. Definíase el rostro del indio contra la noche sin perspectivas y en el mirar indeciso rodaba el sentido torturado de orientaciones ingentes del pueblo sin anclaje. Suspenso en el vaho lunar, era el calco de Eneas sobre un retazo de mar gris. Malvina oía aquella voz de extrañas languideces y vió el desfile de la tribu en una fuga desvaída y resignada. Aspiró el "olor de distancia", que es el númen de

A n d r é s E l o y B l a n c o

orientación de los pueblos migratorios. Un espantoso anhelo de descanso, al contenido clamor de aquella voz, le hizo pensar en Oté, cansado como un llano, pidiendo el tope de un cerro para detenerse en un punto de paz. La elefanta sintió que si algún día élla pudiera hablar, hablaría esas mismas palabras del flechero, que el llano y su jungla y su desierto y la tierra toda las hacían iguales. Hablaría esas mismas palabras y esperaría a la Noche, para dar su primera palabra, desesperadamente curva, desesperadamente alta.

XXV

Por ese entonces, había cosecha de mendigos. Cada día aumentaba la legión de pordioseros en las calles; y llegó a ser tan alarmante su número, que una tarde la calle quedó llena de ellos, de modo que los que iban al trabajo no podían traficar. Los mendigos se cambiaban hambres y saludos.

Parecía que el mundo entero iba a pedir algo. Y los grandes automóviles pedían a los pordioseros que les dejaran pasar por el amor de Dios.

XXVI

Por eso, álguien propuso una reunión en el Club. Se reunieron los señores y las señoras. Resolvieron recolectar fondos para un Asilo de Mendigos.

Pero, ¿entre quienes recolectarían los fondos? Pues, claro ¡en la masa! Ellos pondrían la caridad y el pueblo pondría el dinero. Por eso se decidió celebrar una función mónstruo en el Circo, a beneficio del Asilo.

Teodoro, el Director, acogió con calor aquella idea. Se venderían diez mil billetes a razón de tres bolívares. Teodoro cobraría los gastos— apenas los

M a l v i n a R e c o b r a d a

gastos.— Luego se daría un baile en el Club para las familias de los miembros.

El resto sería para el Asilo.

XXVII

En el kiosco del Club, a la hora en que un des-
perezo de fastidio elegante abría en las manos una
rendija de filantropía rechinante de orín, a esa ho-
ra, Claribel, hija del Diplomático, administraba su
juventud en manos del Doctor Díaz.

—Tú verás cómo lo haces. Pides cien bille-
tes para colócarlos. Sales a venderlos de casa en
casa; y así, yendo de casa en casa, te metes en la
casita. ¿Qué tal?

—¿Y si me ven?

—Pues, con decir que vas a colocar billetes...
La caridad es santa...

M a l v i n a R e c o b r a d a

—Es cierto...

Y descruzó la pierna; y le ofreció la limosna de un muslo blanco, como el centro del pan.

XXVIII

La función de los palcos hizo juego con la intención. La filantropía, desbordada por los escotes, ofreció a los mendigos la hornada de unos pechos que aumentaban las hambres. Aliños de contacto picaban más la sed. Allí vieron algunos la función de los palcos, donde los hombres barnizados tocaban resortes bajo las mujeres, en busca de la llave que hacía mover el Circo.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XXIX

El cuchillero lanzó veinte cuchillos contra una mariposa clavada en una tabla, a veinte metros de distancia. Los cuchillos marcaron el contorno de la mariposa, sin tocarle una línea de las alas.

Las sardinas de los cuchillos iban hacia el cé-
bo irreal de una luna entre el agua.

XXX

Sobre un montón de bambalinas y trapos en desorden, Retoño duerme. Es un muñeco que no ha encontrado niño en la noche agotada de un martes de Carnaval.

XXXI

Teodoro ha ganado. Pero, acogido a la nube del habano, cierra el obturador de los ojos en un punto lejano: la pulga. La intensidad cerebral se le afila, como un lápiz. Si Teodora estuviera aquí, en una noche como ésta! Qué presentación, con aquel público de diez mil almas!

Súbita, una idea le hace sonreír. Sonríe y piensa de tal modo en la pulga, que siente la cabeza como una cabeza de alfiler.

A n d r é s E l o y B l a n c o

XXXII

Diez mil personas llenaban el Circo. En un palco especial, los Benefactores. Y en las inmensas graderías, diez mil mendigos alegres y olvidados de Dios...



M a l v i n a R e c o b r a d a

XXXIII

En el palco de la Junta, Claribel separa un poco las rodillas y recibe la luz del redondel. Todo el Circo con payasos, fieras y equilibristas, se hace ojos y empieza a saltar en trampolinadas violetas entre los muslos suaves como médanos.

Un hilillo de mirada se tiende de los ojos de Teodoro al fondo de los muslos de Claribel. Sobre el hilo corcovean lujurias alambristas.

XXXIV

Pero Teodoro vé a Retoño dormida. El obturador se ensancha hasta enfocar el anca muelle y pura. Se acerca.

Al fondo, Malvina, poderosa como un volcán, da un resoplido. Retoño despierta.

A Teodoro le brilló en la boca y le humeó en los ojos el habano de una blasfemia.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XXXV

Y ya, enfriado otra vez, piensa en la pulga. Al través de aquel punto que se llama Teodora, mira venir el dinero de todo el mundo, el amor de las mujeres, el vino de todos los viñedos. Puertos de China, abiertos a su fastidio. Claras bahías entre los pechos de Retoño, hondos golfos entre los muslos de Claribel.

Por el agujerito de la pulga veía bañarse a todas las mujeres desnudas.

XXXVI

El ciclista y los ponneys. Los ponneys, como caballos percherones vistos con los gemelos al revés. El ciclista, sobre una bicicleta que se desarticula en plena carrera. Ya iba sobre las ruedas, con el manubrio en la cabeza; ya arrancaba una rueda y quedaba, como el Mercurio, sobre un disco; ya marchaba sobre la rueda de adelante; ya sobre la de atrás, desbravando a la bicicleta encabritada.

Por un momento, la bicicleta quedó en la rueda de atrás, clavada, para una fotografía barata; y un ponney manchado de blanco y castaño, se alzó en estatua y se afrontó con el ciclo, para formar un arco. Por allí pasó el payaso, encaramado en el

M a l v i n a R e c o b r a d a

ponney negro, haciendo el Napoleón. La orquesta atacó la marcha de Aída y el ciclista alzó una bengala roja.

Roto el arco, salieron los ponneys a saltos, como caballos de ajedrez. Salió el ciclista, sobre el payaso. Y la elefanta asomó y se llevó la bicicleta en alto, como si fuera a ponerse un par de anteojos para ver mejor por debajo de Claribel.

XXXVII

Los trapecistas, subidos a las crucetas de un navío invertido, buscan la tierra con las manos. Unos, horizontales, quedan hechos banderas sin brisa.

Un trapecista que cae, viene tomando sucesivamente, en el aire, las actitudes de un durmiente en hamaca.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XXXVIII

Payasos. Un Pierrot echa humo por el trasero. Es que por allí se le sale la harina de la cara.

Saltos mortales. En las caras con bocazas asoman y se esconden tras los inmensos pantalones, lunas para muchachos en nubes de primitivo italiano.

Arlequín cae muerto y queda inmóvil y propicio, como un peldaño de mosaico.

XIX

El japonés, sobre su escalera nikelada, lanza al aire y recibe diez botellas de color marfil. Las recibe y las lanza por la espalda, por entre las piernas, por detrás de las orejas.

Las botellas llueven el prefacio de un delirium tremens. Los ojos del japonés,— dos puntos de agua oscura— van llenando las botellas de un chorrito de imán que es lo que las hace pegarse a las manos.

Cesa la danza de las botellas. El japonés riega por las graderías sus ojos hipodérmicos y suelta el último chorrito de mirada japonesa, todavía cargada de imán y se ponen a bailar las botellas de la cantina.

XL

Caballos. Retazos de batallas de Rubens. Limpios, hermosos, blancos. Caballos gordos y perfumados— señoras sin oficio.— Triste es el caballo sin la dignidad del campo y del sudor de labranza o de marcha. Hombre afeminado; holgazán de Club; maquereau. Caballo ayeguido. Caballo "bien".

El ilustre corcel es vano como una magnolia, en el ojal del Circo.

Pasan los caballos de crines caudalosas, inoportunos allí, inoportunos en el friso de un baño de lenocinio.

Los caballos de circo tienen la estupidez del bajo de ópera.

XLI

Tigres. Leones. A los rugidos, suben por las gradas carros cargados de mitologías.

El ruido asume la inocuidad de una sirena de vapor. Y las fieras en las jaulas se escoran, como cruceros encallados.

Los domadores tienen miedo de que los tigres se acuerden de algo. Así los piratas temen que los acorazados recuerden la pleamar.



XLII

Lento, con lentitud zoquetona de reciéngraduado, entró el cornac. El cornac es el hombre que debe guiar a la elefanta en sus números.

Iba vestido de rajah y de cornac; llevaba una pértiga armada de aguijón. Se las daba de indostano. Y hacía el indio.

Pero, detrás de él estaba Teodoro, que le excitaba a pinchar con fuerza.

El cornac entró y se quedó esperando que le aplaudieran. Por fin, aplaudieron para que se moviera.

XLIII

Salió Malvina. Esplendía bajo sus adornos, como una pagoda. Pero, cosa extraña, sobre el lomo traía una simple choza de palmas, como los ranchos llaneros. Una choza que echaba humo y de cuyos travesaños colgaban taparas labradas, cuatros, maracas y una media de hacer café. La rodeaba una empalizada y en élla había un arco de flechero, un arco largo, recostado al tranquero.

Una voz de quebrantado vaivén salía de la choza. Se esperaba que el arco empezaría a pasar sobre los palos, para ajustar aquella voz a la gracia del violín, con el acuerdo del agua adicta a la fraternidad del cristal.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XLIV

La elefanta sintió el primer pinchazo de la pértiga y alzó su trompa sobre la cabeza del cornac. Iba a aplastarle. Pero la trompa bajó, suave a la inflexión del canto que venía del lomo, como fuentequilla zafada de una cumbre.

Y la elefanta empezó a girar en la órbita del Circo, con solemnidad de planeta.

XLV

El cornac hirió una vez más y otra y cien veces. Malvina danzaba, hacía molinetes con la trompa armada de bengalas. Suspendía la inmensa pata sobre la cabeza del guía y se quedaba así, inclinada, como casa en escombros.

Por último, trajeron un billar y élla hizo carambolas con la trompa rígida, mientras sus ojos contemplaban las bolas de marfil con cierta pena de madre en una exhumación.

Malvina Recobrada

XLVI

La elefanta quedó inmóvil. Por el despeñadero de su flanco bajó Retoño. Era suya la voz que salía de la choza.

Retoño llegó al suelo y gritó, con las manos en alto. Arriba, el flechero asomó en la puerta del rancho, miró hacia tres puntos cardinales, con la mano en sesgo bajo la diadema de plumas. Abajo, Retoño estrelló en un chillido largo, burlón. Oté la vió, corrió al arco y lo armó de una flecha negra. Retoño emprendió un baile de fugas concéntricas, desesperadas, erizadas de gritos suspensivos. Oté le acechaba desde arriba. Era la caza del venado en las hondas matas de Orinoco.

A n d r é s E l o y B l a n c o

Sobre la cabeza de Retoño temblaba una campánula azul. La flecha silbó.

De la cabeza de la danzarina saltó la campánula, limpiamente tronchada.

Oté bajó en carrera. En la arena del Circo Retoño iba muriendo con esponjamientos rítmicos y su cuello oscilaba en el vaivén de las campánulas, con un quejarse largo.

Oté la tomó en brazos, sacó de su plumaje una pluma de chenchena— el ave que ama hasta la muerte— y la pasó por la herida. Fué reviviendo Retoño sobre los brazos del flechero.

Y Malvina se arrodilló. Frente a la montaña viva, junto al indio inmóvil apoyado en el arco, Retoño emprendió una danza bebida en aquel vago poema de la selva. Dijo en la danza el dolor de la tierra herida y la delicia de las aves que resucitan las aguas muertas con el perfume del amor inmortal.

Después, fueron subiendo. Arriba, ya de pié la elefanta, cantó Retoño este poema oscuro, mientras Oté apuntaba con una flecha blanca al agua de una estrella escondida:

Malvina Recobrada

XLVII

CANTO DE RETOÑO

Los yaruros dormían.

Sobre los árboles

*las mujeres yaruras cantan, como los pájaros
y por la noche duermen en las ramas del copo,
como los pájaros.*

*De abajo, la tierra de los yaruros
alzaba los mastrantos como manos de niños;
de arriba, el gran cielo del sol
abrió la jaula de los cocuyos,
como los ojos de los niños.*

Andrés Bloy Blanco

*Las yaruras dormían
y dormía la inmensa tierra de los yaruros,
cuando llegaron ellos— y él, el mal guerrero—.*

*Venían entumecidos
por el agua del Paso Azul,
que baja de Atamaica
y va al flechero grande
—Orinoco, el primer cazador.—*

*El mal guerrero alzó la espada
y empezaron a caer los árboles.
Las mujeres yaruras se encontraron en tierra
y el mal guerrero las tomó.
Pero no dieron hijos;
se cerraron a la mala semilla
como tierra con cal.*

*Y una tarde llegó el guerrero yaruro,
Oté, el Cazador,
y tomó a las yaruras en la flor de la tierra.*

*Salieron los hijos de las mujeres,
como tallos de mastranto
y todo quedó en paz.
Pero la tierra estaba con los árboles rotos
y el mal guerrero iba, con la espada, marchando.*

M a l v i n a R e c o b r a d a

Oté, el gran cazador,
le alcanzó con la larga mirada de una flecha;
pero la tierra, agrietada de hachazos,
pedía un momento de siembra
y el mal guerrero iba, con la espada, marchando.

Oté le perseguía;
por el ojo del arco
le hería largamente con miradas de flecha
y así cruzaron ambos el Arauca, hacia el Norte
y la tierra pedía un momento de siembra.

Oté se fué perdiendo en los parajes,
donde los cielos tienen otras lunas distintas.

La yarura que estaba con los ojos heridos
por las flechas de Oté, lloró sobre la tierra
y miró al aire, hueco de copas de árboles
y pedía con gritos un momento de siembra.

Una tarde volvieron los guerreros
y el mal guerrero vino con la espada marchando.

Tenían hambre y sed
y sed de amor. Y fueron
a la tierra de los yaruros
y allí cantaron cómo Oté no volvería,
cómo Oté estaba lejos,

A n d r é s E l o y B l a n c o

*cazando nuevas lunas
bajo anchos cielos sin piedad.*

*Y oscuramente quietos, durmieron como niños
en la tierra que no sabía odiar.*

*Y la mujer pedía un momento de siembra
y la tierra pedía un momento de siembra
y un árbol muerto dióles un tranquilo horizonte
y el mal guerrero iba, con la espada, marchando.*



Malvina Recobrada

XLVIII

La voz se fué en el humo de la choza. Malvina, con lento balanceo, salió grande, como la tierra.

Un áspero aletear resonó en las graderías, donde aplaudieron furiosamente los mendigos.

XLIX

Súbito alarido se vació en el hueco del Circo y lo desbordó con un hervor.

—La pulga! Apareció la pulga! Teodora! Teodora!

Todos volvieron los ojos hacia el afortunado. El afortunado era el mismo Director, Teodoro. En medio de la arena estaba él, con la mano extendida, como mostrando algo. Y gritó:

—He encontrado a Teodora! Aquí está! Lo digo yo! ¿No la véis?

M a l v i n a R e c o b r a d a

L

Del palco de los Benefactores se inclinaron los hombres y miraron atentamente. Uno dijo con afilada voz:

—Claro! Allí está! La veo muy bien.

Y otro dijo:

—La oigo! ¿No la oís?

LÍ

Todas las miradas caían en la mano tendida de Teodoro y la llenaban de un agua resignada. El alma del pueblo se hacía pequeño como una pulga.

Los mendigos callaban. Pero todos veían a la pulga. Todos la oían.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LII

De pronto, una voz candorosa onduló. Era ardiente y nueva. Si hubiera tenido color, habría sido azul. Dijo:

—No veo nada. Allí no hay nada.

LIII

Todos se asombraron. Insultaron al niño que no veía. Lanzaron chistes al ciego, al sordo que no oía la voz de la pulga.

Pero al lado del niño clamó una voz de mendigo, que quería hacerse fuerte apoyándose en el hombro de la primera voz:

—Yo tampoco veo nada. Allí no hay nada.

LIV

Entonces, diez mil mendigos aullaron:
—No vemos nada! No hay nada! Mentira! Ladrón! Ladrón!

Y el torrente osciló hacia abajo.

LV

Teodoro huyó hacia los bastidores. Quiso esconderse en el camarín de Retoño. Estaba cerrado. Entonces vió a la elefanta y quedó pasmado ante una idea que acababa de ocurrírsele.

Acarició la larga trompa.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LVI

Con una gran sábana vendó los ojos de Malvina. Ella quedó ciega, con la trompa desgajada en un vaivén de péndulo.

LVII

Y sintió de repente un dolor espantoso en el flanco. Teodoro la hería con un hierro caliente.

Dió un salto feroz, de mar picada de ciclón. El Director la seguía, hiriéndola.

Malvina corrió, tropezando, arrollando, hacia el tumulto.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LVIII

Diez mil mendigos gritaban, enardecidos:

—Ladrón! Ladrón! Ladrón!

Bajaron en avalancha y cubrieron la arena. Y de pronto vieron venir a la elefanta.

Las inmensas patas pasaron aplastando, matando, matando, matando.

LIX

En el entierro de las víctimas, el Director estaba todo de negro. Recibía el pésame por sus hermosas bambalinas, por sus altas graderías desechas por la fiera en la noche memorable del Beneficio de los Mendigos.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LX

Era preciso salir de la elefanta. El Jardín Zoológico dió mil pesos por élla. Fueron al Zoológico. Allí tomaron las medidas de Malvina para una inmensa jaula. Después, volvieron al Circo.

Pero mientras estuvo en el Jardín Zoológico, la elefanta vió y oyó.

LXI

Vió al elefante. Recordó la hermosa montaña viva que había visto en el espejo. Tocó el brazalete que tenía en su colmillo; batió la ancha gualdrapa roja. Vió al elefante, codicioso de ella. El, esclavo, élla, esclava, infecundos e inútiles, como estampas de elefante.

Y se sintió inmensamente virgen y ya resueltamente dedicada a la cosecha, en la siembra del Hombre; libre, como una patria.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXII

Vió al Cabo de las fieras. Más tranquilo en las jaulas que fuera de ellas. Le vió marchar hacia los hombres, con los ojos estancados en una zarca frialdad.

Y se sintió abrumadoramente buena.

LXIII

Vió un caimán que ponía sus huevos en la tierra.

Y viendo así al caimán, vió una gallina que cacareaba delante de todas las gallinas.

Porque creyendo picotear un grano de creación en las disciplinas del caimán, la gallina ponía sus huevos en el agua.

Y se sintió sincera.



Malvina Recobrada

LXIV

Llegó al Circo. Se le arrimaron Retoño y el flechero. La contemplaron, compasivos. Ella estaba doliente de los flancos, achicharrados y rotos por el hierro caliente. Y en las anchas plantas le tlotían los retazos de los mendigos atropellados, cuando, sin ver, pasó sobre los hombres que élla amaba.

Ellos dijeron lentamente su Eneida rejurgitada en los poemas de Oté.

Malvina estaba allí, oscura y triste como una noche; vendida y tasajeada como la tierra de los yaruros.

A n d r é s E l o y B l a n c o

Y la tierra pedía un momento de siembra.

Y el mal guerrero iba, con la espada, marchando.

Malvina Recobrada

LXV

Fué así como pensaron en que habían vendido a Malvina. Y que una noche vendría Teodoro y sorprendería a Retoño dormida y la tomaría para hacerla infecunda, para que se cerrara su entraña y raspara los óleos del ovario y dejara en ellos polvos de cal y arena.

LXVI

Huyeron en la noche. La elefanta se arrodilló; subieron ellos y huyeron hacia los bosques. Iban alegres, balbuciendo un canto de rumbo, que les flotaba en las bocas como la espuma en las proas de los navíos afortunados.

La mañana los encontró léjos del Circo y de la ciudad. Nuevos y libres, se hallaron tan léjos del Circo que el Circo se iba cerrando en ellos hasta que fué el cerrarse de un ojillo de pulga japonesa.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXVII

Cuando llegaron al llano, el llano se cimbró con un peso nuevo.

Los caballos salieron bebiéndose los horizontes.

Pero los hombres despertaron y corrieron, fuertes, y ligeros, hacia la masa que marchaba augurando la preñez de la sabana.

LXVIII

Cuando llegaron al mar, vieron aparecer un barco. Malvina gozó la desfloración de las tierras descubiertas. Y estuvo un rato allí, peninsular, ofrecida a la orientación de las velas que se rizaron emproándola.

LXIX

Cuando llegaron a la montaña, casi no fueron sentidos. Se arrimó la elefanta a la cordillera con una cumbre más. Sólo el bando de nubes la adivinó del fondo de los vientos y acudió con el agua gargaréandole en las anchas pechugas.

LXX

Y durante algunos días apareció en todos los periódicos del mundo un gran anuncio que decía:

“Se ha perdido Malvina, la elefanta del Circo Teodoro. El que la presente al Director o al Jefe del Jardín Zoológico, será bien gratificado”.

Escritas estas líneas, Teodoro cerró los ojos y caviló. Ya no veía a la pulga. La pulga se perdía en una pobreza microbiana. Y así fué como Teodoro tuvo la claridad de las grandezas remotas.

LXXI

Las gentes ya no escarbaban en las ropas de cama. Abrían las ventanas al amanecer y se estaban allí mirando a la lejanía, espiando un movimiento de los cerros, para volar a ellos.

Y el aire espeso de la sazón campestre se metió así en todas las casas.

LXXII

Una mansa ladera, el vientre de la elefanta echada. Allí, Oté hacía chinchorros de moriche con randas emplumadas; o afilaba largas flechas de palo de hierro y las guardaba en el carcaj como silbidos entre la boca. De la choza bajaba el canto de Retoño, ajetreada en torno a la olla de barro harta de yucas blancas.

De los lados del río venía a ratos la pascua de las chenchenas, los pájaros que aman hasta la muerte.

El amor cuajaba ya las verdolagas y los guayquerucos y el pimpollo vivo de la iguana acendrababa la vida del verdor en el talud plumizo de Malvina.

M a l v i n a R e c o b r a d a

La fogarada del sol arrancaba a la tierra un vapor blanco que la vestía con una túnica ya sudada en las nupcias. De la orilla del río al filo de la sierra, del borde azul de la sabana a la ceja del bosque, se amaba sin descanso en torno a la elefanta.

Y ella gozaba el rehilo de dolor que la alcanzaba y comprendía el misterio de su concepción tras el cielo sin nubes de su hymen intacto.

LXXIII

La elefanta fué al río y hundió la trompa. Después la volvió hacia Retoño, que estaba desnuda, sobre el lomo. La bañó largamente sobre sí misma, con el agua surgida de sí misma como de un peñasco.

Entonces fué cuando Oté descubrió en el vientre de la esposa aquella curva de la preñez naciente, que la acusaba próspera en la siembra suya, del Hombre que curvó el vientre de la Mujer con la misma curva de su arco.

LXXIV

En tanto, Claribel sufría la consignación de la diaria semilla, que la regaba sin prender, como a una estatua. Cansada de sorber, rendía las caderas desesperadas a aquella posesión que le escribía palabras fugaces, borradas por la lluvia del amanecer en su vientre de pizarra.

LXXV

Llamaron a Teodoro. Era urgente.

—Se ña encontrado lo que usted busca.

Todo el Circo empezó a dar vueltas. Se hizo campo en las cuadras para la llegada de Malvina. Se pusieron hierros al rojo para marcar los ancas de la fiera con la cifra del Jardín Zoológico. Y Teodoro corrió en busca del hombre que descubrió a la montaña.



LXXVI

Cuando llegó, se encontró con una mujer esquelética, con anteojos de concha y mechones rubios pasando al oro blanco. Era peluda hasta las manos y parecía la esposa de un pastor protestante. Tendió la mano con timidez y ofreció a Teodoro la pulga extraviada.

—Costó mucho trabajo. Créalo usted.

El obturador se cerró bruscamente. La montaña se desmoronó en el polvo de lo mínimo.

LXXVII

Aquella vez era Teodora, la verdadera Teodora.

Las graderías del Circo se llenaron de mendigos.

Teodoro mostró a la pulga en su mano extendida. Pero, entonces, con una voz tranquila y resbaladiza como gota de aceite, dijo uno:

—No la veo.

Y otro:

—No la oigo.

Y soberanamente serena, como una convicción y soberanamente libre, como una limosna, la muchedumbre salió del Circo.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXXVIII

Allá, en la tierra incansablemente amada, junto al seno de la elefanta, brotó un árbol. En su copa, el flechero habló por la primera vez en alta voz. Tensa la boca de arco, hizo volar la flecha de un largo grito que llamaba a las gentes.

LXXIX

Llegaron de todas partes hombres, mujeres y niños. Traían claras hoces y claros cantos. Rubios, amarillos, negros, castaños, morenos.

Todos empezaron a amar sobre los campos desnudos, donde el abanico de la selva iba y venía en la mano de la profunda Libertad.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXXX

Y al punto de llegar, fueron oyendo un gran quejido en que toda la tierra se quejaba con Retoño. El quebranto de la mujer se repetía en el esfuerzo de todo el campo.

Hasta que el parto fué, tras un desagüe unánime.

LXXXI

El Hijo bajó de la choza en los brazos del flechero. Y fué ofrecido a los campos, desprendido todo de un arco azul.

Los labradores saludaron en el Hijo a la primera espiga de la labranza.

Malvina Recobrada

LXXXII

La choza amaneció otro día estrenada por el canto de la cuna. Los labradores lejanos volvieron los ojos a la cumbre de la elefanta, de donde iba saliendo la voz de la madre, metida en alba y nube, mojada y levantina.

LXXXIII

A la primera veraneada apareció Malvina florecida. Pensó en el elefante del Jardín Zoológico y resolvió toda su autonomía de tierra de los seres, que se había dado al coito de un Dios que estaba en las manos de los hombres fraternizados.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXXXIV

Hasta que un día irrumpió en su retiro un grupo de hombres armados. Retoño tuvo el gran miedo del poema de Oté:

“Cuando llegaron ellos; y él, el mal guerrero...”

Venía Teodoro. Retoño clamó, pero los labradores estaban lejos y no oyeron. Y Oté estaba a esa hora junto a la catarata del río, con los piés entre el agua y los oídos llenos de manantiales.

A n d r é s E l o y B l a n c o

LXXXV

El niño de Retoño miraba a los ojos de Malvina. Se miraban. El inmenso mirar caía en el del niño, como un océano en una laguna. Los ojos del Hijo resumieron la quintaesencia de los ojos de la elefanta y quedaron saturados de aquella sal de suprema claridad que les confiaba para siempre la luz del universo en marcha.



Malvina Recobrada

LXXXVI

A golpes la hicieron levantarse. Malvina se defendió hasta que su trompa se desgajó de cansancio. Empezó a andar bajo la lluvia de pinchazos.

Y era un dulce volcán que se agotaba por el humo del llanto que Retoño vaciaba en sus laderas.

LXXXVII

Rumbo a la ciudad, el camino se hizo tortuoso y resbaladizo. Agujeros disimulados por charcas; escalones de greda hechos por el ganado.

La elefanta iba por el agrio camino, picado como un golfo.

M a l v i n a R e c o b r a d a

LXXXVIII

De repente, todo se tambaleó. Malvina cayó de bruces. Había metido una pata en un profundo agujero.

Y allí quedó, encallada bajo los golpes que la cimbraban en brisote caliente.

LXXXIX

Entre tanto, los labradores estaban pegados al campo. Tenían las manos tendidas como redes sobre el cardúmen de espigas.

Y no vieron andar a la montaña.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XC

Pero el flechero bajó de la cascada y se encontró sólo en el hueco donde estuvo el mundo. Gritó, gritó mil veces; nadie le oía. Hasta que fué saltando hacia la catarata. Sacó una flecha y la hundió en el ruido atronador; la hinchó en el alarido del torrente y la tendió en el arco.

La flecha partió y destrizó los vientos en una llamada desbordante.

Después, el indio de ojos catadores probó con la uña de una mirada la calidad del horizonte.

XCI

Los labradores se alzaron de la tierra. Cuando vieron allá lejos a Oté, sólo, sobre las piedras, corrieron a él con las hoces en alto.

El les gritó, arrastrándoles con relinchos de galope.

Malvina Recobrada

XCII

Malvina estaba, con la pierna hundida. Pudieron hacer como hicieron en el cuento de Tolstoi los que quisieron sacar la piedra que estaba al frente de la ermita. Pudieron ensanchar el hueco y hacer una rampa.

Pero el odio no les dejaba mirar hacia la tierra. Fijos los ojos en el flanco sangrante, herían.

XCIII

Hasta que vieron hacia abajo. Y entonces decidieron cortarle la pierna a Malvina para que siguiera marchando a tres patas. Así lo hicieron.

La elefanta, cercenada una pierna, siguió andando, y regaba el camino con el muñón caudaloso.

M a l v i n a R e c o b r a d a

XCIV

La pierna cortada quedó en el camino, coronada de sangre; era un pedestal de granito, tocado en la cumbre por el alba.

Pero ocurrió que el pedestal creció de pronto y fué un hito en los campos roturados de sangre.

A n d r é s E l o y B l a n c o

XCV

Hacia la ciudad, Malvina se alejaba saltando. La colina bíblica iba mansamente dolida de su falda. Y del muñón saltaban gotas que florecían el camino enfermo de derivas.



Malvina Recobrada

XCVI

Hasta que aparecieron los labradores. Los hombres de la ciudad huyeron. Pero una flecha de Oté prendió a Teodoro por un jarrete.

Malvina se devolvió. Venía balanceándose entre los cantos de los labradores. La sangre del muñón caía sobre las espaldas de los hombres, que la llevaban como un crepúsculo en los lomos curvados por la siega.

XCVII

Cuando volvían a su campo, encontraron la pierna de la elefanta.

Se había hecho alta y dura. Contra ella pusieron a Teodoro para matarlo. Pero de la choza que tenía Malvina sobre el lomo bajó un canto de cuna.

La elefanta tomó a Teodoro en su trompa y lo subió a la cabeza.

Malvina Recobrada

XCVIII

Llegaron. Ayudaron a echarse a Malvina, que quedó como muerta. En su lomo, la choza se escoró, pero fué endezada sobre el flanco.

Exótica, extranjera y para siempre propia en aquel campo lejano de sus junglas y desiertos, universal de amor, Malvina mostró a los labradores estupefactos el muñón profundamente vegetado.

XCIX

Y descansaron. Arriba, en la choza, había dos lechos. En uno, dormía el Hijo; en el otro estaba Teodoro quietamente, soñando.

Y en la mitad del cuarto, Retoño alzaba un cántico de siesta, desleído y fugaz como una mano bajo el agua.

M a l v i n a R e c o b r a d a

C

De pié, en el faro vivo que formó la pierna de la Elefanta, Oté, el flechero indio, lanzó la flecha de una gran voz de amor que llamaba a los hombres de los pueblos en nombre de la tierra que no sabía odiar.

Castillo de Puerto Cabello—1931.

LIBERACION

(SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO)

*No es un sueño de soñar. Ni siquiera un sueño de
(dormir.*

Pero es un sueño de cerrar los ojos.

Más aún: de no tener ojos.

Como el sueño del ciego:

El ciego que habla, come, chilla,

pega con el bastón;

dice: "Dios se lo pague".

Dice: "Tu madre!";

duerme, despierta, entra y sale;

y sin embargo, todo eso

lo hace dormido.

M a l v i n a R e c o b r a d a

*El ciego es un sonámbulo.
Sonríete de lo demás:
dormir es cerrar los ojos;
morir;
no vivir;
no vivir es no ver.*

A n d r é s E l o y B l a n c o

2

Así es;
no vivir es no ver:
no ver el cielo, el campo,
la calle, los niños, los ancianos, el amolador,
el tranvía, el jardín, el agua del río,
el agua del canalón,
la cántara de agua,
la moza bajo la cántara,
la rosa,
la astromelia,
la dalia...
No ver eso, ¿es vivir?



M a l v i n a R e c o b r a d a

Vivir está en los ojos.

*Por eso, cuando los muertos mueren
van y les cierran los ojos
para que se mueran bien muertos,*

3

*Aquí, la que soñaba era la Noche,
era la Noche de los lindos ojos,
de los mil ojos lindos;
la linda Noche hecha de ojos.
Ayer era de día, y la Noche
duerme de día, pero de noche, sale.*

M a l v i n a R e c o b r a d a

4

*Esa Noche de Invierno, muerta.
Pero, quedó como esos muertos
que no tienen quien les cierre los ojos.*

*Y quedó toda viva en dos estrellas.
Es toda Canopo y Arturo.
Es toda Sirio y Aldebarán.
Se fugó del Invierno, la Noche
y se arrimó al brasero de la Bella Velante,
de la blanca como difunta,
de la hermosa de cara boreal.*

A n d r é s E l o y B l a n c o

5

La niña abre la puerta.

*Nieva. Pero ella no lo sabe;
hecha a su nieve propia, no se da cuenta;
va por la nieve y nieva en la nieve.*

*La niña cree que no ha salido de sus manos.
Y se cree interminable.
Ella y la nieve,
nievan.*

*No se percatan de que hay allí otra,
de lo nieve que son.*

M a l v i n a R e c o b r a d a

6

*Viene la Niña en los ojos de la Noche.
¿Andrómeda? ¿Antares? ¿Berenice?
¿La Vega de la Lira descordada?
¿La Espiga? ¿El Alfa?
Viene la Niña, Urania de perfil hiperbóreo,
tendidos a la nieve
los continentes de las manos antípodas del sol.*

7

*La Noche. Dos estrellas nomás;
Invierno. ¿Rigel y Sirio?
¿Dos chispas del tahalí?
¿Los ojos de Casiopea desvelados por Andrómeda?
Miran hacia abajo.
Bajan.
Toda la noche, todo el cielo,
toda la dimensión,
Dios
y Antediós,
bajan en su mirada.
Miran allí, a la tierra, al río, allí, allí...
las dos estrellas de innumerable mirar.*

M a l v i n a R e c o b r a d a

8

*Pero el río, hace tiempo preparaba su trampa.
Ya le cansa ese fisgonear de los luceros.
Todas las noches se le clavan diez mil ojos,
cien mil,
una ducha de ojos.
Y él es una criba de luz.*

*Le duelen adentro, como brasas.
Y quiere apagarlas, atraparlas
y éllas se van como una mirada
cuando se cierran los ojos.*

A n d r é s E l o y B l a n c o

9

*Pero llegó el Invierno, con la trampa del río.
Las dos estrellas han bajado.
Están allí, en el fondo del río,
conteniendo toda la mirada del cielo,
y la mirada de la niña de rostro polar,
de Dios,
de Antediós
y de Santa Lucía, la Miradiós.*

M a l v i n a R e c o b r a d a

10

*Y el río se heló de pronto.
La cáscara de hielo se formó silenciosamente,
alevosamente.*

Hizo techo.

Se cerró la trampa!

*Del cielo tiran, tiran, tiran,
y nada!*

*Las estrellas no pueden salir del río;
allí están, cazadas, pescadas,
náufragas, subfluviales,
pececillos en pecera de vidrio.*

*Y llega el día
y las estrellas están allí,
presas bajo el marco de hielo,
como dos ojos, bajo las antiparras.*

Andrés Eloy Blanco

11

*Con el sol llega Cupido,
Cupido resulado,
Cupido tostadillo,
Cupido, color tabaco claro,
Cupido color bañista.*

*Cupido llega a la orilla.
Ha visto dos estrellas en el fondo del río.
Qué pena! Dos estrellas!
Todo lo necesario para hacer una Noche
de Amor!*



M a l v i n a R e c o b r a d a

12

*Cupido cierra y abre los ojos
buscando modos de pelear.*

Ahora salta.

Cae sobre el hielo y da un bote de frío.

Vuelve y golpea el cristal de agua.

No puede.

Toma una flecha,

vuelve la punta al sol y la calienta;

hiere el río; no puede.

Otra flecha, otra, otra... Todas sus flechas.

No puede.

13

*Cupido, enrolladito.
se echa a la orilla,
pega el hocico al hielo y empieza a soplar.*

*Sopla, sopla caliente!
buracancillo de amor,
simún de amor,
maestral de amor. Se ha roto el hielo.*

*Es un puño de hueco,
un huequecillo, un ventano para un ojo.
Las dos estrellas corren, suben, suben;
entre las manos del Amor respiran, palpitan,
titilan, miran, parpadean.*

- Gracias, joven, gracias! ¿Su gracia?
—Cupido, señoritas.
—Oh, qué horror!
—Oh, qué bien!
—Quieren secarse al sol?

—¿Al sol? ¿Secarnos al sol?

Oh, no! Ya calentamos!

Ya ardemos!

Gracias, gracias! Adiós! Vamos al cielo! A prisa!

—¿Al cielo? ¿Qué ocurrencia!

¿Para eso he gastado todas mis flechas?

Nó! Al cielo le sobran ojos:

mil ojos, cien mil, diez mil millones!

Al cielo, nó! Conmigo, señoritas!

Conmigo, a mi casa: faro para alumbrar mi puerta,
fogoncillo de amor para mis caldos tiernos!

—Oh! No está bien! Usted está desnudo!

—Y ustedes también.

M a l v i n a R e c o b r a d a

Las estrellas y yó, somos nudistas.

—¿Para candil de cuarto,

para brasa de fogón,

para linterna de umbral dormido?

—Nó! Veladoras de alcoba que anda,

faro proal

en la birreme de apasionada travesía!

Ojos en la cara de la blanda navegación!

¿Vamos?

—Vamos...

*Y ha llegado Cupido al portal de la casa
de la niña nevada de ojos prisioneros
y le ha puesto los ojos en las órbitas
para siglos de estrellas en la carne boreal.*

1933.

LA SIEMBRA

A Jovito Villalba.

Dos caballeros suben del valle hacia la montaña. Dialogan vagamente. A veces uno de ellos dice lo que debería decir el otro. Van cuesta arriba de la montaña y cuesta abajo en lo hondo del diálogo. ¿Suben? ¿Bajan?

—Es inútil. No llegaremos.

—Me empecino en llegar. Bien sé que centenares y millares de exploradores audaces han llegado a este mismo lugar y de aquí, tras largo y cruento esfuerzo, han regresado sin esperanza.

—Ni uno sólo puede decir que hubiese pasado de esta raya. Arañaron la piedra hasta sangrar; hay mil huellas negras de sangre.



M a l v i n a R e c o b r a d a

—Todos desistieron. Todos alzaron los ojos hasta el picacho inaccesible, y desandaron la cuesta, viejos de tristeza.

—Todos enrollaron de nuevo el hilo vertical de la cuesta y se metieron el ovillo en el recuerdo.

2

—Aquí estoy. Acaso diez metros más arriba, seguirá la ascensión, libre y fácil.

—Pero esos diez metros son imposibles. Es un muro liso y vertical que brilla como granito de pedestal. Y arriba, una cornisa audaz, un alero delgadísimo, resplandeciente, que nos cubre la cabeza.

—Es una hoja de piedra afilada, casi temblorosa. Diez metros más allá, tal vez ondule un lomo tierno, el pimpollo de la cumbre. . . quizá verde.

—Quizá blanca, hasta el cráter.

—Quizá blanca, hasta el cráter.

—Quizá. La pestaña de piedra no nos permite ver el ojo del volcán.

M a l v i n a R e c o b r a d a

3

—Hasta aquí, todo es blanco; altísimo, de acabado contorno. Empinado. Blanco, blanco!

—Acaso un remoto rosa subterráneo.

—Acaso. El cerro, el cilindro de tendencia piramidal es carne en reposo erguido, en absurdo descanso incorporado.

—De allá, lejos, del valle, se le vé como sal.

—Pero aquí, cerca del cráter, no se distingue bien el blanco, descompuesto en mortecina solución de azules, de rojos, de verdes, fugados en el humo.

A n d r é s E l o y B l a n c o

—¿Qué habrá allí arriba? ¿Qué habrá allí adentro? Blanco, blanco, el cerro sin cantos rodados, sin gredas, sin arenas.

—Liso, mórbido, el flanco de mármol. Pero frío.

—¿Frío? Nó! Arde, quema en las plantas.

—Ah, sí! El volcán! ¿Qué habrá allí adentro? Los que arriban al valle, ¿por qué no quieren irse?

—No os han contado? ¿No os llega, pues, la brisa que habla? Y si os llega, ¿cómo es que no sabéis? ¿No oléis la brisa? Oh, marchaos! Marchaos! Nunca volváis al valle! Oh! Nunca marchéis contra el pecho de la brisa mortal! Huid y no volváis los ojos! (Huyen).

Malvina Recobrada

4

Dos caballeros suben del valle hacia la montaña. Dialogan vagamente. A veces, uno de ellos dice lo que debería decir el otro. Van cuesta arriba de la montaña y cuesta abajo en lo hondo del diálogo. ¿Suben? ¿Bajan?

—Es inútil. No llegaremos.

—Me empecino en llegar. Bien sé que centenares y millares de exploradores audaces han llegado a este mismo lugar, tras largo y cruento esfuerzo y de aquí han regresado sin esperanza.

—¿Sabéis lo que ha pasado con la Mujer de Sal?

A n d r é s E l o y B l a n c o

—Sí. Ayer, por volver los ojos hacia el fuego, se convirtió en mujer de sal y no pudo seguir. Pero ahora, aquí, en el valle, está élla, detenida y blanca.

—Ahora se venga, como una ola. Ahora, el pasajero que vuelve los ojos para mirarla, se quedará, como ella, detenido en el valle.

—Nadie podrá fugarse de ella.

—Es el volcán de imantada corona. Huid, los que queréis marchar. Desechad las colinas del valle, porque si las franqueáis, encontraréis la montaña que detiene, como escarcha, el paso de los ojos.

—¿Qué hay allí arriba? ¿Qué hay allí adentro? Da miedo el filo de esa cornisa que nos detiene el paso! Huyamos! (Huyen).

M a l v i n a R e c o b r a d a

5

Dos caballeros suben del valle hacia la montaña. Dialogan vagamente. A veces uno de ellos dice lo que debería decir el otro. Van cuesta arriba de la montaña y cuesta abajo en lo hondo del diálogo. ¿Suben? ¿Bajan?

—Es inútil. No llegaremos.

—Debo llegar. Sé que millares de exploradores han fracasado. Pero, debo llegar.

—Esa piedra lisa y ese pretil de piedra no nos dejarán pasar.

—Luego, la brisa arde.

Á n d r é s E l o y B l a n c o

—Arde de ardor y de frío. ¿Tenéis miedo?

—Lo extraño es que todos los que llegan al valle dicen sentir un rebosado perfume. Mirando al volcán no se vé la cumbre, porque la arropa un blanco hecho de azules, de verdes, de oros y de nadas.

—Pero de allí baja un aroma que colma el hueco de la hondonada.

—Se piensa en las resinas que arderán en el buche del volcán para hacer nubes de un olor inédito.

—Y por la nariz, como los bueyes, vamos tirados todos hacia la cuesta y empezamos a subir.

—Nadie recuerda que haya hecho erupción el volcán.

—No. Es así, un quemar suave y lento de mirras, de sándalos, de gomas. Un rescoldo sin fuerza.

—Por eso no dá miedo del cráter.

—Lo que dá miedo es ascender.

—Y esta brisa. Y este no saber qué hacer. Y este querer subir no más que por querer subir. Y no saber cómo se sube. Confieso que tengo miedo a no saber.

—Estoy cansado. ¿Bajamos?

—Bajemos. (Bajan).

M a l v i n a R e c o b r a d a

6

Dos caballeros suben del valle hacia la montaña. Dialogan. Cada uno de ellos dice lo que quiso decir. Van cuesta arriba de la montaña y cuesta abajo de lo hondo del diálogo. Pero, suben.

—No llegaremos.

—Llegaremos. Bien sé que centenares y millares de exploradores audaces han llegado a este mismo lugar, tras largo y cruento esfuerzo y de aquí han regresado sin esperanza. Pero hemos de llegar...

—No ensayaré bajar. Aquí ensayaré dormir, a ver si llego con esa habilidad equilibrista que tienen los sonámbulos.

Andrés Bello y Blanco

—Este volcán no estalla. Pero, ¿por qué quema los piés? ¿Por qué quema las manos?

—Ahora me pego a él con todo el cuerpo y lo siento temblar como un brazo. Casi voy a subir en honda dilatación de amor.

—No bajaremos.



M a l v i n a R e c o b r a d a

7

—Habéis bajado al valle, mientras yo dormía.

—Bajé porque os ví dormido. Esperábais subir como los sonámbulos, en un milagro de equilibrios. El que espera el milagro no subirá jamás.

—¿Y vos, qué habéis hecho?

—He bajado al valle.

—¿Para qué habéis bajado al valle?

—Los exploradores que han fracasado aquí no hicieron sino mirar hacia arriba. Merecen su fracaso. Para subir hay que mirar hacia abajo.

Andrés Eloy Blanco

—No os comprendo.

—Mañana me comprenderéis. Hoy sólo os digo, que sólo mirando hacia abajo se puede subir. La tierra lo tiene todo. Quien no la mire a ella y busque en ella, nada encontrará.

—La brisa del valle es perfumada. Eso os llevaría.

—La brisa de la montaña es ardiente y espantosa. Hizo huír a los exploradores.

—Ah, sí! ¿No os han contado? ¿No os llega, pues la brisa que habla? Y si os llega, ¿cómo es que no sabéis? ¿No oléis la brisa? Oh, marchaos! marchaos! Nunca volváis al valle! Oh! Nunca marchéis contra el pecho de la brisa mortal! Huid y no volváis los ojos!

—No. ¿Huír? Ni yo, ni vos. No os dejaré huír. Primero os mataría. Huyen los que sólo miran la cuesta que se sube, pero no huye jamás el que midió la cuesta que se baja cuando ya no se puede subir. Los que han ido a la tierra, los que han oído hablar a la tierra sembrada, no huyen jamás. Vengo de la tierra sembrada. He bajado al valle mientras dormíais. Y la tierra me hizo sudar; la escarbé, la moví, la aré, la froté conmigo y

M a l v i n a R e c o b r a d a

en mí! Y no huiré jamás. Ni vos. No podéis. Os mataríamos.

—¿Quiénes? Fijáos que no digo ¿quién? sino ¿quiénes?

—La tierra y yó.

—Entonces, ¿qué habéis hecho, mientras yo dormía?

—He bajado al valle, pero nó para irme. Es que vamos a subir. En las yerbas del valle he buscado y he encontrado una semilla y un tallo. Tomad, tomad el tallo. Es un tallo de trepadora. Vamos a subir. ¿Tenéis miedo?

—Subiremos.

8

—Estamos en la raya.

—El punto de donde no se pasa.

—Horadad con el clavo el costado de mármol.
Horadad. Así!

—No descanséis hablando. Horadad vos también. Os gusta mandar a los demás que horaden. Tenéis un clavo. Horadad, que yo horado.

—No habléis tanto. Mientras habláis no horadáis. Horadad.

—Ya véis cómo vos estáis hablando y perdéis el tiempo. Horadad.

M a l v i n a R e c o b r a d a

—Diciéndome que hablo y que pierdo el tiempo, lo perdéis vos también. No habléis más y horadad.

—Ya véis que me regañáis por lo mismo que vos hacéis. Calláos y horadad.

—Estamos ambos diciendo tonterías. Horademos.

—Así es. Horademos.

A n d r é s E l o y B l a n c o

9

—He logrado un agujero como una cabeza de alfiler.

—Ahondo.

—Perforo.

. —Hago un hueco.

—Hago un camino.

—Sangro en él.

—Ya se vá todo el clavo.

—Ya siento, más allá del granito, una capa más dulce.

—Ahora, en el punto horadado, siembro el tallo de trepadora.

M a l v i n a R e c o b r a d a

—Ya está. Siembro la semilla.

—Lo riego con riego salado de mi sudor y de mi llanto.

—Lo riego con mi boca bautizada de esperanza.

—Durmamos. Duermo.

—Duermo sobre la piedra sin camino.

—Oh! Qué despertar! La trepadora ha cre-
cido! ! !

—También la mía ha crecido! Enderecemos
las guías hacia la pestaña de piedra!

—Ya van a tener flores! Flores!

—Y ramos flexibles, color de tierra!

M a l v i n a R e c o b r a d a

II

—Ya hay flores!

—Ya hay flores en la enredadera! Ya crece!

—Ya rebasa la alta cornisa y se pierde y reptaba hacia arriba, hacia el cráter.

—Dormiré esta noche bajo las flores, porque mañana dormiré sobre la boca de la Esfinge.

—Subamos.

—Como un mono, como un saltimbanqui, subiré por los tallos de la trepadora.

—Subamos!

—He alcanzado el alero tembloroso!

—Estoy arriba!

—Allí está el cráter de rosado contorno!

—La boca abierta está allí! Está diciendo la palabra de la tierra! Su larga palabra de humo perfumado!

—Se cuece allí el sudor de todos los que están sembrando la tierra!

M a l v i n a R e c o b r a d a

—El sudor de los hombres! Mirad!

—El sudor de los hombres! Eso era todo!

—Sóis un imbécil! Eso era todo! ¿Os parece poco? Ganas me dan de echaros al cráter! Dejad eso para los que no pudieron subir la cuesta porque no encontraron el tallo y la semilla!

—Aquí estoy!

—Aquí estoy!

—Sóis imbécil. Y yo soy otro imbécil. Aquí estamos!

—Aquí estamos!

13

—Mirad hacia adentro. ¿Frío?

—Oh! Los que llegan del valle, dicen: Frío! porque no siembran.

—Porque no siembran nada en el costado de la montaña fría.

—Porque no han perforado el brazo de lo que trabaja.

—Porque no han dormido al flanco del frío y quemante dolor que trabaja.

—Porque no han florecido en la titerra y trepado por su propia floración. Gritad conmigo, gritad! Venid!

M a l v i n a R e c o b r a d a

—Venid!

—Gritad con sinceridad. No seáis egoísta. El haber llegado aquí no nos dá el derecho de quedarnos con la montaña. Gritad a todos los hombres del mundo, a los exploradores fracasados y a todos los temerosos de la brisa ardiente, gritad a todos que vengan.

—Venid!

—Así nó! Decid: “Venid”, como si no importara que viniendo ellos tuvieráis que iros vos mismo. Gritad, u os echo al volcán.

—Venid! Venid, que si no venís me echan al volcán! Venid, diablos, que no venís nunca!

—Así. Os quiero. Os adoro. Sóis el hombre. Os respeto.

—Entonces, gritad: “Venid” hasta que os canséis. Si nó, os echo al volcán.

—Venid!

14

Coro de hombres y mujeres, Han venido. La montaña tiene una voz innumerable .

—Mirad hacia adentro! Hacia el núcleo de los perfumes! Todo palpita en rizado despliegue! Poned los labios en los labios del volcán entregado!

—Oh claro amor de la tierra gozosa en los brazos del Descubridor!

—Es mía.

—Es mía.

—Soy suyo!

M a l v i n a R e c o b r a d a

—Florezco en sus brazos. Frente al valle atónito, frente a los peregrinos asombrados de ver andar al volcán.

—La Mujer de Sal, sembrada en su camino, fué sembrada también. La sembraron en el camino y sembraron en ella. La detuvieron, se detuvo, cuando la sembraron.

—Y soltó las amarras cuando sembraron en élla.

—Lot, lejano, lejanísimo, muerto de lejanía y de incomprensión no puede ver a la Mujer de Sal que sigue su camino.

Todos, caballeros y damas, los cien mil exploradores y los que siembran en la piedra, claman:

—En marcha!

1935.

INDICE

Dedicatoria	
Prólogo	
Malvina Recobrada	11
Liberación	131
Siembra	153